

ARIEL

Quincenario antológico de Letras,
Artes, Ciencias y Misceláneas

Director: FROYLAN TURCIOS

Apartado 1622 — Teléfono 2138

SERIE VI

San José de Costa Rica, América Central, 15 de abril de 1938

NÚMERO 16

SUMARIO:

I. Moravia, De Roma a la Palestina. Emociones estéticas, Mendigos de Jaticalpo, Una generosa estratagema, La Musa del, Froylán Turcios.—II. La vida, William Shakespeare.—III. A Gustavo Adolfo Bécquer, Eduardo Carranza.—IV. Una distracción de Beethoven, Félix Clement.—V. Un libro póstumo de Chocano, Alejandro Alvarado Quirós.—VI. Miscelánea interesante.—VII. Letanía de evocación, José R. Castro.—VIII. Trípico carterano, José Santos Chocano.—IX. Tristezas.—X. La voz de Clara, Octavio Mirbeau.—XI. El lón, Cataldo Mendes.—XII. Matar o morir, Remy de Gourmont.—XIII. Raptura, Jaime Torres Bodet.—XIV. Recetas por sorpresa.—XV. La que se quedó para vestir santos, Evaristo Carriego.—XVI. Los pequeños asuntos, Miguel de Montaigne.—XVII. Fantasma real, Camille Maclair.—XVIII. Miguel de Mañana.—XVIII. Hoy, Conrado Nalé Roxlo.—XIX. Aventuras y desventuras de socios.—XX. Apaisement, Manuel Magallanes Mouré.—XXI. Anécdotas de grandes escritores, Alfredo Antiguiedad.—XXII. La hija del tabernero, Angel Lázaro.—XXIII. Nombres mitológicos.—XXIV. Conoci-

mientos interesantes.—XXV. A Froylán Turcios, Eladio Prado.—XXVI. La suprema desventura, Javier de Maistre.—XXVII. Novia, Carlos Alberto Pineda.—XXVIII. Bajo un pinar de Honduras, Eduardo Berlioz.—XXIX. Un piropo de Olaya Herrera.—XXX. La higuera, Juana de Ibarbourou.—XXXI. Voces cordiales.—XXXII. Cuatro gracejadas.—XXXIII. Diplomacia en acción, F. Martínez Suárez.—XXXIV. Una carta de Miguel Angel Asturias.—XXXV. Silueta de Turgueneff, Edmundo Goncourt.—XXXVI. Heráclito y Platón, Pablo Luis Landsberg.—XXXVII. Meditaciones.—XXXVIII. Mi lectura favorita, Juan Jacobo Rousseau.—XXXIX. Rousseau y Diderot.—XL. Evocaciones de Bolívar, Marius André.—XLI. Una fábula china, Lafcadio Hearn.—XLII. Goethe y Beethoven, Rolf.—XLIII. Palabras estelares de Gabriel D' Annunzio.—XLIV. Origen de la prensa periódica, Charles Richet.—XLV. Saint-Just, J. Fernán Pérez.—XLVI. Maret, A. de Chateaubriand.—XLVII. Mujeres.—XLVIII. Cordiales voces hondureñas.—XLIX. Agentes de Ariel en Honduras.—L. Notas.

MORAVIA

Llegué a mi dormitorio en la medianoche, tras largo tiempo de permanecer inmóvil mirando, en la lugubre sala, el rostro palidísimo de Moravia, de una blancura espectral entre los paños negros del túmulo sombrío.

Mi corazón desbordaba de amargura como si fuera un copa de ébano llena de lágrimas.

Le he aquí que una gran mariposa, como hecha de obsidiana, extiende sus alas sobre la albuca de la almohada en que mi cabeza adolorida va a reposar...

Abro la ventana y agitando mi pañuelo procuró obligarla a salir; pero ella revolotea por el aposento, elevándose por encima de los cortinajes, recorriendo el recinto y azotándose la cara.

En dos minutos me hizo perder la serenidad con su obstinada persistencia en plegarse sobre mi lecho y en huir cuando intentaba cogerla, como burlándose de mí.

Exasperado por aquel monótono juego, arrojé con mayor violencia contra ella seguro de que me anunciaba una nueva desgra-

cia. Logré al fin verla caer moribunda sobre el cristal de una lámpara. Agitóse débilmente y al inclinarme para examinarla retrocedí con espanto...: los ojos luminosos de la pobre falena, agrandados por la agonía, me miraban con expresión humana. : con la expresión indefinible de los ojos de Moravia, cerrados para siempre.

Froylán Turcios.

Abril de 1938.

LA VIDA

Todos nuestros ayeres alumbraron a los necios la senda que a la muerte polvorienta conduce. ¡Extingue pronto tu luz, bujía, exigua y pasajera!
La vida es una sombra que camina; es como un pobre y triste comediante que se agita soberbio en breve escena y nunca más su voz a oírse vuelve.
Cuento necio narrado por un sandio con recia voz y el ademán violento, que nada significa.

William Shakespeare.

DE ROMA A LA PALESTINA

(Fragmentos de mi libro inédito
Luces de todos los Horizontes).

(Continúa).

Parto de Tiberíades para Damasco, y, en una tarde espléndida, la veo ante mis ojos... Damasco, una de las ciudades más viejas del mundo, que aparece en los pylones de Karnak con el nombre de *Timsku* entre las conquistas de Thutmés III, y famosa en los anales de la Cristiandad por la conversión de Saulo de Tarso, (que fué después el máximo apóstol San Pablo), el año 34 de nuestra Era.

Mi cicerone Hanna Sciberras me hizo en el tren una descripción admirable de la capital de Siria, y, poco después de nuestra llegada, me condujo a la Gran Mezquita Djama el Umauii, (antigua basílica cristiana construída por el emperador Teodosio). Mide ciento treinta y un metros de largo por treinta y ocho de ancho, y está dividida por un grupo de columnas corintias de hermosísimo aspecto. Del interior se asciende por ciento setenta y dos escalones al minarete del oeste, Medinet el Gharbiéh, desde donde se goza de una vista magnífica.

Junto al minarete de Arús se ve el sepulcro de Saladino en una estrecha mezquita con brillantes paredes de porcelana.

Ibn Barouta, escritor del siglo XIV, hace notar que la gran mezquita se asemeja por su transepto a un águila con las alas desplegadas, cuya cabeza representa la cúpula.

Después visité el Bazar de los Plateros, donde obtuve una sortija talismánica; el palacio de Asád Bajá, con centenares de estancias, (más de trescientas), entre frescos jardines; la to-

rré y la casa de San Pablo; el Jan de Asad Bajá, vasto edificio todo de mármoles negros y amarillos, con una sala gigantesca circuida por una suntuosa galería; la Puerta de Tuma: las riberas del Barada cubiertas de robustos árboles; y, en el Midán (Hipódromo), la mezquita Semaniyeh, cuyo minarete cubren tejas verdes y azules, exornada con arcos y bóvedas cuyos dibujos y colores producen un armonioso efecto, y el pequeño cementerio de Makbaret Bab es Saghir, en que fueron sepultadas Selma y Habida, mujeres de Mahoma, y Fatma, su hija predilecta.

Completé mi excursión con un grato paseo en coche por es Salahiyeh, alegre barrio de Damasco, situado en las faldas del Antilibano. La ruta es de las más bellas que pueda imaginarse, poblada de huertos en flor, de casas pintorescas y lujosas quintas, y por la que atraviesan los canales de Nohr Tota y Nahr Yesid. Damasco se ve desde aquellas alturas como una antigua ciudad encantada, con sus palacios, sus verdes bosques y sus centenares de cúpulas y minaretes.

Vi en una derruida mezquita el lugar en que reposa el poeta Muchi ed Din Ibn el Arabi, que murió en 1240; y cerca de allí la tumba del glorioso emir de Argelia Ab-el-Kader, que salvó, en la tremenda carnicería de cristianos (del 9 al 11 de octubre de 1860), defendiéndolas en su palacio, a mil quinientas personas perseguidas por las turbas frenéticas.

—Míre en esas alturas del norte a Djebel Kasium—me dijo Sciberras. En ese áspero cerro color de sangre estuvo el Paraíso Terrenal y la Gruta de los siete durmientes.

La tarde en que llegué a Damasco mi guía me presentó, en el comedor del hotel, a un necé en la metrópoli del legendario Imperio Mousa Dikran, con quien simpaticé al momento. Invitado por él hice un viaje en avión a Bagdad, alojándome en su casa, en donde fuí espléndidamente recibido.

Tres días, de emociones profundas, permanecí en la metrópoli del antiguo Imperio Árabe de Oriente, que Atum-al-Raschid llenó de gloria y esplendor hace mil años.

Bagdad—la capital del Irak (Mesopotamia) es la ciudad fabulosa que iluminó con luces de ilusión mi fantasía, en los ingenuos años de mi infancia, a través de las *Ni y una Noches*.

Y recordaré mientras viva aquellas seren-

Libros de Emilio Zola

<i>Lourdés</i> , 2 tomos, pasta....	€ 7
<i>Roma</i> , 2 tomos, pasta....	8
<i>París</i> , 2 tomos, pasta.....	8
<i>Trabajo</i> , 2 tomos, pasta... ..	8
<i>Verdad</i> , 2 tomos, pasta.. .	8
<i>Fecundidad</i> , 2 tomos pasta.. .	8

LIBRERIA ARIEL.

Frente a la Capilla del Seminario.

ta y dos horas tan intensas como se recuerdan las cosas fulgurantes y quiméricas esfumadas en las lejanías.

Después de varias semanas de viaje por Judea, Samaria, Galilea, Siria y Mesopotamia —exposición ideal para un espíritu ávido de emociones eternas— me veo de nuevo en mis cómodas habitaciones, contiguas a la terraza, de Casa Nova, en Jerusalén.

No hay palabras con que encarecer los típicos servicios que prestan a los viajeros las confortables casas de huéspedes de los padres franciscanos. Con el nombre de Casa Nova las encontrará el peregrino en Jafa, Ramle, Jerusalén, Belén, Emaús, San Juan de la Montaña, Nazaret, Tiberíades, Caná y Monte Tabor.

Dice Jacobo de Vitry: "Por los años de 1219 desembarcó San Francisco de Asís en San Juan de Acre, en donde fundó la primera casa que tuvo su Orden en Palestina."

Fue el 29 de agosto del año citado la fecha precisa en que el santo poeta de Asís puso la planta en San Juan de Acre, iniciando sus viajes por Siria y Galilea.

Leo en un libro de Meistermann:

"El año 1799, mientras Bonaparte sitiaba la ciudad de Acre, vino el general Junot con su brigada a colocar su cuartel general en Nazaret, para salir al frente de Abdalah, bajá de Damasco, que se acercaba con un ejército de cuarenta mil hombres en socorro de la ciudad asediada. Poco después llegó la división de Kléber y luego el mismo Bonaparte en persona. Tras los combates gloriosos de Caná y del Tabor, los heridos fueron recogidos y cuidados por los religiosos, cuya hospitalidad fue heroica, al decir de los testigos. Bonaparte, Kléber y Junot se hospedaron en la Casa Nova; y, poco antes de salir de Nazaret, visitaron el Santuario de La Anunciación, al cual también habían acudido en los días precedentes los soldados de la República a arrojarle y a orar, despertando así en el espíritu del pueblo el recuerdo de los héroes de la Cruzada."

Estuve en todas las casas franciscanas de la Palestina y nunca olvidaré las distinciones que en ellas se me prodigaron. Las mejores son las de Jerusalén, Belén y Nazaret, organizadas bajo sistemas eficientes e inmejorables. Habitaciones, comidas, baños, etc., son de primer orden. Todo obtenido por módicos precios (los

que nada tienen no pagan nada por cierto número de días, y aun los que pudieran viajar con deshaogo, sórdidos en lo general, se acogen a ese privilegio). Yo no: pagué la cuota más alta, lo que se me hubiera cobrado en un hotel; y, según mis gustos y costumbres, viví allí mejor que en King David (el más lujoso hotel que conocí en el Oriente).

Con espontánea voluntad, y sin recibir nunca sueldo o dádiva de ninguna clase, los honorables padres guían a los peregrinos por todos los sitios sagrados o históricos: y, sabios en acontecimientos y leyendas, sus relatos y explicaciones colman todas las curiosidades.

Tuve la suerte de encontrar un verdadero amigo en el mejor de aquellos abnegados sacerdotes, y con mi más viva gratitud y cariñoso grabo aquí su nombre: *Miguel Quecedo*, español. El más simpático, inteligente y cordial compañero que pude soñar, después del Arzobispo Hombach.* Espíritu amplio y ecuánime en la comprensión de los hechos y de los problemas humanos y divinos; católico sin prejuicios ni fanatismos, tendiendo en ideas y en acción hacia la Fe más resplandeciente y más pura; joven de atractiva presencia y palabra de persuasiva sencillez; virtuoso de sincera humildad, incansable en su manera de prodigarse en beneficio de los demás... Detengo mi pluma temiendo lastimar su modestia, con la certidumbre de producirle con mis elogios una contrariedad. Ya están escritos y no lo retiro. El sabrá disculparme.

Fuera de lo que vi y toqué debo al padre Miguel, más que a los libros, gran parte de mi *sabiduría palestina*, expresión con que m

(*) La muerte impidió que hiciéramos juntos el viaje a la Tierra Santa.

Toda la correspondencia, revistas, libros, folletos, periódicos, etc., destinados a la revista ARIEL, deberán venir con esta dirección:

A R I E L
Apartado 1622.
San José de Costa Rica,
América Central.

honró Monseñor Stagnaro, justa por su verdad.

Creo que ningún hispanoamericano conoce tan bien como yo la Tierra Santa. Por innumerables lecturas, de grandes autores de todas las épocas y latitudes, me fué familiar desde la adolescencia; y, puedo decir que no perdí un minuto en su estudio, en su aspecto práctico y en su valor espiritual, en los ciento treinta días que en ella viví.

Mucho me ayudó en mi propósito mi residencia en la Casa Nova de Jerusalén. En el grave silencio de aquella mansión de paz (sólo interrumpido por los centenares de turistas que en ella pernoctaban un día; por esos pobres diablos que todo lo ven con la inconsciencia de los seres pueriles, que van y vienen como muñecos automáticos de los que tira la cuerda de la más trivial curiosidad), en perfecto reposo interior, sentíame como nunca dueño de mí mismo, en la plenitud de todas mis facultades. Paseándome en las noches por sus interminables corredores (la casa es de tres pisos, con más de ciento cincuenta cuartos), o por su magnífica terraza, mirador propicio a los ensueños, llenábanse mi alma y mi cerebro de anhelos desconocidos y de ideologías originales y brillantes. En tres cuadernos he sintetizado lo más recóndito de esta nueva vida que surgió en mí ante las cosas vistas en la maravillosa patria de Jesús. Quiera El darme tiempo para recogerlas en un volumen de verdad y de belleza.

Me complace recordar las cincuenta invitaciones (consulta con mi agenda) que para comidas, paseos de campo, etc., me hicieron mis amigos palestinos. De ellas atendí sólo a veinte, imposibilitado por el continuo trabajo de mis crónicas para diarios suramericanos, por la atención de mi numerosa correspondencia y por otras causas imprevistas.

No olvidaré el paseo con que me obsequiaron Alberto Andonie, señora e hija, Antonio Kawas y señora, Elías M. Saybe y señora, M. A. Kawas y señora, el padre Yuja, Issa Bandedeck, Miguel Yacamán, Issa Yuja, Sabas Bandedeck, Elías Cronfel, H. J. Kawas, Shoukry Kattan, Salomón Bandedeck, Bichara Azar y al que concurrió el gobernador Nikola Saba.

Salimos de Jerusalén a las ocho de la mañana en cinco automóviles. Visitamos Jericó, Callia, el Monte de la Tentación y el Puente

de Allsenby sobre el Jordán, límite entre la Judea y la Transjordania.

El almuerzo, en el Palacio Invernal de Jericó, fué excelente. Pronunciáronse muchos entusiastas brindis en mi honor, entre ellos el de Bichara Azar, joven de notorio talento que hizo sus estudios en París, a los que contesté con una corta improvisación que mereció calurosos aplausos.

Al anoecer fué la comida al aire libre a la orilla del Mar Muerto. Eramos ya como cuarenta al sentarnos a la mesa por la llegada a última hora de varios grupos de amigos. Hubo también ponderativos discursos. Agradeciéndolos, sin esfuerzo alguno sentía subir de mi corazón a mis labios las expresiones más cordiales y elocuentes, saturado de optimismo en aquella atmósfera de admiración y de cariño, en el paraje sombrío, único en la amplitud de la tierra por su solemne y sinistra grandeza.

Músicas árabes gemían las victrolas en aquel crepúsculo de oro y amatista. Músicas de extrañas quejumbres, de vagos lamentos, en que parecen llorar recónditas desolaciones. Las palabras que en ellas resuenan, aun desconociendo su sentido, impregnan el alma de una suave tristeza. Yo veía el cielo cristalino y profundo, sin una nube; escuchaba el tenue rumor de las aguas malditas golpeando las arenas de la playa. Los paisajes circundantes envolvíanse en los primeros crespones de la noche... y sobre-humanos pensamientos, ansias nunca antes sentidas, vibraban en lo más hondo de mí ser. ¿Cómo trazar sobre el papel estas cosas tan intensas y fugaces, estas ideas singulares que son como relámpagos en los arcanos del cerebro? Allí, en aquellas horas que nunca se repetirán, en un sitio inmortal en la Historia y en la Geografía, a cuatrocientos metros bajo el nivel del mar, abstraído en un mundo encantado, entre las voces y risas de los alegres amigos, viví un gran sueño sin nombre, cuyo recuerdo hace temblar mi alma.

...Libre de aquel deslumbramiento interior vi alzarse la luna sobre los cercanos oteros, dorando las muertas aguas con su luz quibérica...— Lo que hay en mí de un valor sempiterno es lo que nunca intenté concretar en palabras.

Froylán Turcios.
(Continuazá).

AGUSTAVO ADOLFO BECQUER

fluyendo quieta, igual a un paisaje en un río,
 posa bajo mi sueño tu voz de niebla fina:
 oh suspiro voz que hiere blanca espina
 y olvido margaritas de fierro poderío.

Transparente de brisa, de luna, de rocío,
 en nombre sobre el filo de la ausencia camina:
 que fuga de su amor en cada golondrina,
 que agua inaccesible en medio del estío.

Te miro renacer en cada enredadera
 hecha de verde anhelo y desolada espera
 y, en cada campanilla, morirte de azul frío;

música que se alejó sin perderse, te siento
 vagar, ave de luna, acróstico de viento,
 Gustavo Adolfo Becquer, celeste abuelo mío.

Eduardo Carranza.

Tomado de *Revista de las Indias*.
 Bogotá. Enero de 1938.

UNA DISTRACCION DE BEETHOVEN

Era tan distraído Beethoven que un día en Viena le ocurrió entrar en un restaurante, pedir la lista, y en vez de elegir los platos, se puso a escribir al dorso lo que de improviso le soplaban la música. Está ya soñando, escribiendo, abismado, sin acordarse ni del lugar ni del por qué había ido allí. Después de haber convertido la lista en una partitura, se levanta y pregunta al mozo qué debe.

—No debe usted nada porque no ha comido usted todavía.

—¡Cómo! ¿Estás seguro de que no he comido?

—Ya lo creo.

—Pues bien, tráeme algo.

—¿Qué quiere usted?

—Lo que tú quieras.

Félix Clement.

UN LIBRO POSTUMO DE CHOCANO

Cuando el poeta dió una nueva orientación a su vida había llegado a la cumbre de los cincuenta años y ostentaba sobre las sienes la corona de oro de la apoteosis que el Perú había querido concederle a su hijo prodigo y glorioso.

Hasta ese día, sus trabajos, sus viajes, sus amores, habían sido las etapas de un hombre que en busca de su camino de perfecciona-

miento, con el ardor de la juventud y con la inquietud del artista, derrocha el tesoro de la vida. Su poesía no estaba sólo en sus versos, sino en lo íntimo de su alma. Cantaba con la facilidad del pájaro, a tal punto que parecía que sus pensamientos nacieran ya armados del ritmo y que él no fuera sino el intérprete elegido de la naturaleza para darlos a luz.

La originalidad de sus metáforas que tenían la marca del poeta como las monedas de oro llevan el signo de su valor, se puso de relieve al abrazar Chocano la causa de nuestra América, al desposarse con el continente, cuyos bosques seculares no habían escuchado eco mas sonoro que el de esa voz, cuyos ríos eran dignos de arrastrar la barca de aquel émulo de Ulises condenado por los dioses a eterna peregrinación.

Las mujeres le atraían constantemente y se inclinaban vencidas por el atractivo del hombre o por el prestigio de su nombre, pero no habían logrado cautivarle porque como don Juan, buscaba siempre algo nuevo, una vez satisfecha su curiosidad y se consideraba invulnerable a los caprichos del amor.

Fué necesario una gran abnegación, la piedra de toque de la pasión verdadera *que todo lo da sin pedir nada en cambio*, el culto del poeta comprendido en la plenitud de su talento y la inclinación irresistible como algo que fuera mandato del Destino, para que aquel corazón que parecía invencible, fuera contagiado y vencido.

Desde ese instante los poemas de Chocano se transforman y sin perder la objetividad que los caracteriza, se levanta un tanto la cortina que ha cubierto celosamente la vida íntima del poeta. Como un orfebre que no dejara su predilecta ocupación, olvida el metal y las piedras preciosas, para cincelar en la carne viva de su corazón las nuevas formas de belleza que ha concebido su numen.

Los *Poemas del amor doliente* son páginas valiosas para los que guardamos ufanos la memoria del gran poeta, que exalta nuestra conciencia de hispanoamericanos, porque comprueban la transformación operada en su espíritu al influjo de una pasión que consideró definitiva, que normalizó su vida, que estimulaba sus potencias creadoras y le infundía savias primaverales que hacían reverdecer su juventud y encontrar acentos de su lírica exuberante que parecían olvidados o gastados por el tiempo.

I *ella*, la causa del milágro, vivía en la selva encantada, escuchando la cascada de versos inimitables y con la visión del Caballero Lobengrin cubierto por su armadura de plata, que vino de extrañas y lejanas tierras en su barca de peregrino para darle a conocer el filtro del amor, que como dice la escritura, es más fuerte que la muerte.

Alejandro Alvarado Quirós.

San José, abril de 1958.

MISCELANEA INTERESANTE

—Nabucodonosor, poderoso rey de Babilonia (604-562), fué muerto por un moscardón.

—*Solima*. Nombre dado por los antiguos a Jerusalén.

—El avaro Hermócrates, al dictar su testamento, se nombró a sí mismo heredero.

—El testamento de Napoleón empieza con esta cláusula: *«Muero en la religión apostólica y romana, en cuyo seno nací hace ya más de cincuenta años»*.

—Pitágoras se acordaba de haber sido una cortesana encantadora llamada Alcea.

—Bonaparte fué también poeta como César y Federico: daba la preferencia a Ariosto sobre Tasso, porque veía en él los retratos de sus futuros capitanes y un caballo enjaezado para su viaje a los astros. (*Palabras de Chateaubriand*).

—Voltaire llamó a Shakespeare *salveje, ebrio e ignorante*.

—Dolores Armijo se llamó la mujer casada que produjo el suicidio de *Fígaro* (Mariano José de Larra).

—Swedenborg vió, en 1756, desde Gotenburgo, el incendio de Estocolmo. Kant, el implacable enemigo de Swedenborg, afirmó el hecho.

—El gallo es el emblema del pueblo francés y origen de la palabra *galo*.

—El reloj astronómico del palacio de Hapton Court, de Londres, construido en 1540 por encargo del rey Enrique VIII, es, en opinión de la gente supersticiosa, un reloj fatídico.

El día 12 de marzo de 1619, al morir en el palacio la reina de Dinamarca, el reloj que estaba dando las cuatro, se paró instantáneamente, y desde entonces afirman que hace lo mismo siempre que fallece, en el recinto del palacio, una persona que lleve mucho tiempo viviendo en él

—Teodoro Ernesto Cognacq (1839 1928).

llegó a adquirir una fortuna colosal y fundó Comerciante francés, de simple dependiente *La Samaritana* de París. Realizó, junto con su esposa, innumerables obras benéficas y fué un verdadero Mecenas de los desvalidos.

Envío especial para Ariel

LETRILLA DE EVOCACION

Oh los deliquios procelosos
de aquella niña turbulenta,
alma de vórtice y tormenta
que allá en mis días borrascosos
me amó fanática y violenta.

Honda ternura que derrama
sobre encrespados torbellinos
toda su sangre de retama
en los pasajes de algún drama
de nibelungos jacobinos...

Oh los cabellos luminosos
de aquella dama en el estío
que me brindó los amorosos
sueños cansados y borrosos
de sus dolores y su hastío.

Yo la recuerdo a la distancia
con sus cabellos otoñales
y la romántica prestancia
de su ternura y su arrogancia
allá en mis prados maternos.

Oh la tristeza misteriosa
de aquella hermana del martirio
blanca y doliente como un lirio
que me brindó la tuberosa
de su fantástico delirio.

Luz en mi senda interminable,
alba en mi noche de tragedia,
alma fragante e insondable
de una ternura incomparable
cuyo recuerdo azul me asedia.

Y esta mujer que pasa ahora
por los caminos de mi vida,
como caída entre la aurora
llevando dones de Pandora
en su canción enternecida...

Alma cordial, tímida y buena,
doliente anfitriona de tedio,
carne de albura y azucena
que me brindó para mi pena
su corazón como remedio...

José R. Castro.

La Habana, 1958.

TRIPTICO CORTESANO

I

Te conocí en la Corte de Francisco Primero:
Bevenuto Cellini de ti se enamoró:
y luego no sé qué historias en que el Rey Caballero
por ti locuras hizo que hiciera iguales yo...

Lucía tu mirada más brillo que su acero:
y desde el primer lance vencido el Rey quedó:
como en Pavía un día, rendido y prisionero,
fue sólo tuyo; pero tú, suya, en cambio, no.

Bevenuto radiante, Bevenuto siniestro,
(fuo artista, hombre trágico,—en todo mi maestro)
de tal modo te atrajo que una tarde feliz,

hasta el taller llegaste, sin que el Rey lo supiera:
y mientras tú el modelo fuiste esa tarde entera:
yo tomé mi primera lección como aprendiz...

II

Después te vi en Versalles: fué en el Trianón pequeño.
Rejaba el muy amado Décimo Quinto Luis.
Estabas de pastora vestida: eras un sueño...
Con tu abanico enviabas perfume hasta París...

El triste Rey, al verte, desarrugó su ceño:
tú te poniste blanca como una flor de lis.
En mi rincón de artista yo hacía tu diseño:
granos de sal, las manos: los pies, granos de anís...

Te confieso que entonces yo estudiaba pintura,
y en tu color tan fresco y en tu línea tan pura,
soñé a mi fantasía—o a mi amor—despertar...

Corrí el taller; y loco, sin acertar con nada,
manché como poniendo la última pincelada,
con un beso el retrato que te hizo Fragonard...

III

Volví, andando los tiempos, a encontrarte en la Francia
estremecida bajo su último Emperador:
por la Corte de España paseaste tu elegancia,
enfocando los ojos hacia una Edad mejor...

Tal, por las Tullerías, ebrias de tu fragancia,
arrestabas la cola, deshojando una flor:
e ibate yo siguiendo los pesos a distancia,
con timidez y angustia de verdadero amor...

Era yo tu Poeta: ¿tu pensamiento, mío?
Sólo ardía el Imperio; y un brusco escalofrío
corrió en toda la Francia: yo sólo pensé en tí.

Y como si que el trono saltaba hecho pedazos,
fue entonces que, contigo desmayada en los brazos,
me refugié en la Torre de Alfredo de Vigny.

José Santos Chocano.

(De su último libro *Poemas del amor doliente*,
editado en Santiago de Chile, 1937).

EMOCIONES ESTETICAS

XXVII. *Piedras grabadas antiguas.*—En Florencia y en Roma he visitado muchas veces los muestrarios de estas interesantísimas piedras. Conocí los camafeos de Livia y Séptimo Severo, y la *Medusa de Strozzi*, ágata—ónice, que son considerados por los técnicos, sobre todo este último como los más bellos que existen.

Después de contemplar tales milagros, he sentido disminuir mi entusiasmo por esta clase de joyas, que exhiben, tras finos cristales, artifices de segundo orden. Comparadas con las tres que enuncio queda su mérito reducido a su expresión extrema. Sin embargo encontré una preciosa, con su ambiguo símbolo alegórico, de un claro matiz purpúreo, que me sedujo al tocarla con misterioso imán. La obtuve por un módico precio; y cada vez que abro la caja en que reposa la acaricio a través del papel de seda que la cubre sin mirarla desnuda, para olvidarme de su maléfico emblema.

XXVIII. *Caminando por la Via Apia.* Recorrí en esta mañana diamantina gran extensión de la Vía Apia deteniéndome en el sepulcro de Cecilia Metella y en varias de las catacumbas,

Las innúmeras construcciones, a lo largo del milenario camino, le van quitando el interesante y melancólico aspecto que tanto impresionaba y que se copió millares de veces en postales, álbumes de arte y textos docentes. La belleza del paisaje evocador se va perdiendo en los aledaños de Roma.

Al regreso pasé una hora en la basilica de San Juan de Letrán, que después de las de San Pedro y San Pablo, es la que más me impresiona por su hermosura imponente.

XXIX. *Galería Nacional de Arte antiguo.*—Establecida en el palacio Corsini—trece salas de suntuosa amplitud—es de una riqueza imponderable. Entre la gran cantidad de obras célebres vi dos retratos de Rubens; el *Ecce Homo* y el *San Giovannino*, de Guido Reni; el *Nacimiento* y el *Bautismo de Nuestro Señor*, del Greco; *La Muerte en Arcadia* y *la Adoración de los pastores*, del Guercino; el *Juicio Universal*, la *Ascensión* y *Pentecostés*, del Beato Angélico; el retrato de Enrique

Todos los textos de ARIEL han sido
escritos, seleccionados o extractados
por su Director.

VIII—el terrible rey Barba Azul—de Holbein; el de Erasmo de Rotterdam, de Quintín Matsys; el *San Jerónimo*, del Tintoretto; *La Virgen y el Niño* y el *Martirio de San Sebastián*, de Van Dyck.

XXX. Me obsesiona con frecuencia la remembranza de la *Santa Cecilia* que tanto admiré en Bolonia.

He aquí una de las leyendas relativas a ese cuadro, creador de la famosa escuela de dicha ciudad. El Sanzio lo ejecutó a ruegos de su amigo Francia (Francisco Raibolini), para quien la pintura constituía la suprema cumbre de toda humana potencia. Creíase él mismo un verdadero maestro del pincel; pero al ver este lienzo del sumo maestro se emocionó a tal grado de admiración que enfermó, muriendo poco después.

...Santa Cecilia oye, de pie, un concierto que desde el cielo le dedican los ángeles. Absorta en su éxtasis, y decepcionada, ante aquel prodigio de melodías, de la música de la tierra, deja caer a sus plantas los libros e instrumentos musicales que retenía entre sus manos.

Froylán Turcios.

Roma, 1936.

TRISTAN

Héroe legendario de la época medieval. Sobrino de Mark, rey de Cornwall, Tristán fué enviado a Irlanda en busca de Iseo, prometida de su tío. Como Mark se enterase de que los dos jóvenes se habían enamorado el uno del otro merced a un filtro mágico que bebieron, trasladóse a Britania, en donde se casó con otra Iseo, llamada *de la blanca mano*. Más tarde, los dos amantes murieron de pena al ser acusados, falsamente, por la esposa de Mark, de negarse a cuidar a éste de una herida. Esta leyenda sirvió a Wagner para su maravillosa ópera *Tristán e Isolda*, la más elevada expresión del amor y del dolor que se haya concebido."

Comprador de libros: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

LA VOZ DE CLARA

...Recuerdo mi extraña sensación cuando, en Kandy, la antigua y silenciosa capital de Ceilán, escalé las gradas del templo donde los ingleses degollaron imbécilmente y sin aparato de justicia a los príncipes Modeliares, a los que las leyendas nos muestran tan encantadores, parecidos a esas imágenes chinas, de arte tan maravilloso, de una gracia hieráticamente tranquila y pura, con su nimbo de oro y sus largas manos tendidas al cielo... Comprendí que allí se había realizado, en aquellas gradas misteriosas, no limpias aun de esa sangre después de ochenta años de posesión violenta, algo más horrible que una matanza humana: la destrucción de una preciosa, conmovedora, inocente belleza... En esa India expirante y siempre milagrosa, no se puede dar un paso sin hallar los vestigios de la barbarie europea. Los bulevares de Calcuta, las rientes ciudades himalayas de Dardjiling, las tribadas de Benarés, los fastuosos hoteles de los mercaderes de Bombay no han podido borrar la impresión de luto y muerte que dejan cualquiera la atroz matanza sin arte, y el vandalismo y la destrucción bestial... Antes al contrario, esa impresión es más aguda. En todas partes la civilización muestra su doble faz de sangre estérilmente derramada y de negras ruinas. Y puede decir como Atila: *Por donde ha pasado mi caballo no vuelve a crecer la hierba*. Mira a tu alrededor y delante de ti. No hay un solo grano de arena que no esté bañado en sangre... y este grano mismo ¿qué viene a ser más que polvo de muerte? ¡Pero cuán generoso y fecundo ese polvo! Mira... La hierba crece, se multiplican las flores, en todas partes anida el amor.

¡Cuán triste y dolorida me pareció aquel día la pequeña ciudad muerta de Kandy! En el calor ardiente un silencio obstinado revoloteaba con los buitres sobre ella. Algunos indostanos salían del templo a donde fueron llevando flores dedicadas a Buddha. La profunda dulzura de sus miradas, la nobleza de su frente, la debilidad de su cuerpo consumido por la fiebre, la lentitud bíblica de su andar, todo eso me conmovió hasta el fondo de mi corazón. Me parecieron desterrados de su país natal, junto a su Dios de bondad, encadenado y custodiado por los cipayos. Y sus

negras pupilas ya no reflejaban la tierra, no reflejaban más que un ensueño de liberación corporea, la espera de un nirvana lleno de luz. No sé qué respeto humano me impidió arrojarme ante aquellos misteriosos y venerables padres de mi raza, de mi raza parricida. Me limité a saludarles humildemente. Pero ellos pasaron sin verme, sin ver mi salud, sin ver las lágrimas de mis ojos y la emoción filial que henchía mi corazón. Y cuando ellos hubieron pasado sentí que odiaba a toda Europa con odio inextinguible.

Octavio Mirbeau.

EL LEON

Sólo por ser cristiano, por no haber consentido por unos pocos dioses de arcilla o de madera quemar incienso en fiestas, que hallaba repugnantes, el pretor ordenó arrojarla a las fieras.

Como era joven y linda y se turbaba cuando un juez la seguía con su mirada impura, se hizo que en una cláusula formal se decretase que el tremendo suplicio llevara la desnuda.

Desnuda, y sobre el núbico seno los cabellos, entró luego en el circo. Saltando con destreza el hambriento león, rugiente de alegría, salió de su escondrijo para husmear su presa.

El pueblo, del león celoso, contemplaba palpitante de aquel cuerpo la cética hermosura, y mostraba, encendido por bajos sentimientos, gestos de besos torpes o infames mordeduras.

Ella con sus cabellos cubría el seno casto.

De pronto el león de instintos asesinos abrió la enorme y carnífera boca.

Entonces dijo la cristiana: ¡León...! I al punto mismo se le vio recostarse tranquilo y silencioso, y, por estar desnuda, cerrar entrambos ojos.

Catulle Mendes.

MATAR O MORIR

Los carabeidos son bellos coleópteros, violáceos, purpúreos y dorados. Sólo se alimentan de presas vivas, que devoran lentamente, comenzando por el vientre y avanzando poco a poco en la cavidad palpitante. Las *hélix* y los *limacos* son así consumidos por los carabeidos, que los vacían y trituran. Toda la naturaleza se funda en el robo y en el asesinato. Son los actos normales. Las especies herbívoras son las únicas inocentes, acaso por im-

becilidad. Ocupadas en comer a todas horas, porque su alimento es poco substancioso, no pueden desarrollar energías, y son presas inevitables, una especie de hierba superior, que será pastada luego. Pero los carnívoros también son magníficamente devorados a su vez por otros comensales más fuertes o más astutos. Son contadas las bestias que mueren tranquilamente. Los *gostruppes*, escarabajos necróforos, cuando terminan su nidada, se devoran los unos a los otros para entretenerse, tal vez buscando un fin más agradable y activo a su vida. Sólo hay animales de dos clases: cazadores y presas; pero no hay cazador de uno que no sea presa de otro. Entre los animales no existe la invención puramente humana de criar reses para la carnicería y, lo que es más extraordinario aun, para la caza. Las hormigas ordeñan a los pulgones (sus vacas) y a los estafilinos (sus cabras), pero no saben engordarlos ni degollarlos.

Hombres o tigres, *sphens* o escarabajos, existen sometidos a la misma necesidad: matar o morir; derramar sangre o comer hierba.

Y comer hierba equivale a un suicidio. Preguntádselo a los corderos.

Remy de Gourmont.

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la LIBRERIA ARIEL. Frente a la capilla del Seminario.

RUPTURA

Nos hemos bruscamente desprendido y nos hemos quedado con las manos vacías, como si una guinalde se nos hubiese ido de las manos: con los ojos al suelo, como viendo un cristal hecho pedazos: el cristal de la copa en que bebimos un vino tierno y pálido... Como si nos hubiéramos perdido, nuestros brazos se buscan en la sombra...! Sin embargo va no nos encontraremos! En la alcoba profunda podríamos andar meses y años, en pos uno del otro sin hallarnos

Jaime Torres Bodet.

RECETAS POR SORPRESA

Cierta señora de fortuna, habituada a atenderse con el ilustre clínico brasileño doctor Miguel de Couto por medio de recetas obtenidas por sorpresa, resolvió hacer lo mismo una vez más, encarándosele en plena avenida:

—¿Cómo está, doctor?

—Bien. ¿Y usted cómo se encuentra?

—¿Yo?—respondió la matrona, que había llegado al punto que buscaba—. No lo estoy pasando muy bien, doctor.

Y agregó en seguida:

—He sentido un fuerte dolor en el pecho, que corresponde a otro en el hígado, causándome una gran aflicción, que no me deja dormir. ¿Qué le parece, doctor, que puede ser?

El doctor Miguel de Couto, mirando la avenida ilena de gente, le ordenó:

—Vamos a ver eso, doña Veneranda. ¡Desvístase!

—¿Cómo?—dijo la vieja, retrocediendo.

—Desvístase para examinarla —repitió el médico.

La matrona revoleó los ojos escandalizada, y protestó:

—¿El señor piensa que estoy loca?

El doctor de Couto contestó en el mismo tono:

—¿Y a la señora le parece que yo tengo el consultorio en medio de la calle?

LA QUE SE QUEDO PARA VESTIR SANTOS

Ya tienes arrugas. ¡Qué vergüenza...! Bueno: serás abuelita sin ser madrecita. Ayer, recordando tu pesar sereno, me dió mucha pena tu cara marchita.

¿Ni siquiera una novela empezada?

Quizá el idilio que duró un verano, hasta que una noche, serena y confiada, se cansó la novia de aguardar en vano.

Y tú sufrirías, o no sufrirías, nervios, esperanzas, y te quedarías, como es natural,

tan indiferente que al día siguiente ya no habría nada, nada: solamente húmedas las puntas de tu delantal.

Evaristo Carriego.

LOS PEQUEÑOS ASUNTOS

Esquivo las ocasiones de enfadarme, y doy la espalda a las noticias de las cosas que van mal; y por mucho que lo procure, a cada paso tropiezo en mi mismo con algún encuentro que me disgusta. Vanas picaduras que me avergüenzan, pero no por eso dejan de ser picaduras. Los impedimentos más insignificantes son los que más molestan; y como las letras pequeñas ofenden y cansan más la vista, así nos mortifican más los pequeños asuntos. En la medida en que estas espinas domésticas sean continuas y articuladas, nos muerden con mayor agudeza y ya que no constituyen amenazas nos sorprenden fácilmente y de improviso. Desde que miro a la tristeza, el menor accidente que me haya inducido a ella me produce mal humor, que crece y se exaspera por sus propias conmociones, atrayendo y entrechocando una materia contra otra, de lo que resulta un padecimiento.

Miguel de Montaigne.

FANTASMA REAL

Lo único que me interesa en aquel convento de San Francisco, y entre los restos de bellos estucados árboles, es una losa que recuerda que allí estuvo enterrada primeramente Isabel la Católica. Quiso descansar en el mismo centro de su conquista. Después exhumaron su ataúd para llevarlo a la catedral construída en la ciudad baja durante el siglo XVI; pero se comprende su designio, y aquí es donde se debe buscar su imperativo fantasma. Me figuro que a veces se saldrá de su caja de plomo, que vi en la cripta de la Capilla Real, para venir a contemplar a Granada, la vega y la sierra purpúrea y nevada, desde lo alto de la Torre de la Vela, en donde, gracias a su tenacidad, vió ondear el pendón de Castilla.

Camille Mauclair.

MIGUEL DE MAÑARA

Vicentelo de Leca (Miguel de Mañara) caballero penitente español (1626-1679); dominado en su juventud por toda clase de pasiones, dejöse arrastrar por sus excesos hasta que volvió al buen camino merced a un suceso extraordinario que le sucedió al acudir a una cita amorosa. Por la prematura muerte de su mujer decidiöse a hacerse religioso, y desde entonces observó una vida ejemplarísima hasta su muerte.

HOY

Nada me preguntéis que nada he visto.
Del payaso no sé, ni sé del canto.
Solo en espejos de caliente llanto
la mala sangre vi correr del Cristo.

No sé quién soy ni sé para qué existo.
Crece así mi la flor del espanto.
Y el temeroso paso que adelanto
las cosas pisa de un dolor previsto.

Cerradas puertas, negras torres mudas.
Cadáveres de niños y campanas.
Gesticular de euménides y dudas.

Muertas bajo un laurel las nueve hermanas.
Y mis manos ardientes y desnudas
escribido al azar palabras vanas.

Conrado Nalé Roxlo.

De *Alisanda*.
Buenos Aires.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE SOSIAS

El fallecimiento de Charles Maddon, al recordar el engañoso parecido de este célebre almirante con su soberano Jorge de Inglaterra, trae al batán de las actualidades el ameno e interesante tema de los *sosias*, palabra que subrayo porque, para su inclusión en el diccionario, no halló tiempo todavía la Academia Española, tan propicia y presurosa para otorgárselo, con más difícil justificación, a otras extrañas de paternidad menos insigne.

De *sosias* calificase a la persona tan cabalmente semejante a otra, que ambas parezcan la misma duplicada. Es el nombre que Molière impuso al criado del rey de Tebas en su *Amphitryon*, la bella comedia de inspiración

plautesca, que quizá pareciese escabrosa hoy a algún público nuestro.

Igual se pudiera calificarla de anfitrión, si bien se considera. En la fantasía molieresca el monarca tebano pasa, aunque con peor fortuna conyugal, por el mismo sorprendente trance que su servidor: verse suplantado en su hogar por otro ser tan idéntico a él en todo, que su enamorada esposa no arvirtiese el engaño y le es infiel sin sospechar nada. Si Mercurio adopta la figura de Sosias, Júpiter toma la de Anfitrión. Con la desventaja para el señor de que el dios de los dioses le roba el sabroso amor de su Alcumena, mientras que el de los correveidiles desdeña el de la criada, convencida de ofrecérselo a su propio marido Sosias, cuyo honor queda a salvo, gracias a los melindres mercuriales.

La Naturaleza también gusta o necesita, por lo visto, reproducir muchas de sus creaciones, a veces las menos felices, como esos artistas de inspiración corta o caduca, que refren sus obras para dar sensación de fertilidad.

Los *sosias*, pues, son refritos. Raro será quien no los tenga y si todos no los hallan es porque les viven geográfica o socialmente en sus antipodas.

De la historia grande llenaron folios interesantísimos y en el imperio de Talia animaron escenas gloriosas.

De no menos curiosos equívocos, dramáticos o hilarantes, surgen también protagonistas, como va a verse en la *negliec* de la historia chica y en la vulgaridad de la vida sin lustre ni resonancia trascendentales.

Los tuvieron todos los jefes de Estados y quizá a quien más se le han conocido sea el penúltimo rey de Inglaterra. Por de pronto lo hubo en su propio primo, Nicolás de Rusia. El infortunado zar se divertía mucho retratándose con él, por lo asombroso del parecido entre ambos. Otro de sus varios *sosias* fue un periodista, cuyo nombre me niega mi memoria; desembarcado en Boulogne, durante las fiestas pascuales, sentóse a la mesa de un café y se echó a fumar, gozando su holganza lejos del periodismo y de la política. A poco advirtió que su presencia producía extraña agitación y cuando trataba de explicarse la causa, vió que uno de sus vecinos se incorporaba gritando: ¡Viva el rey de Inglaterra! que los presentes coreaban el vítor y que la orquesta rompía a tocar el *God save the king*. Salió de estampía en busca de la tranquilidad que le costaba el parecido con su soberano. A Napoleón III no le hacía maldita la gra-

A R I E L

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale © 1.50

Número del día 0.60

Número atrasado 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

cia uno de los suyos, que procuraba imitarle en todo, hasta la manera de andar. Para castigarlo de modo que no reincidiera, ordenó a la policía que le afeitase la perilla, lo que fué horrible sanción para el falsificador, porque la estimaba en más que a las niñas de sus ojos.

Más afortunado fué el de Félix Faure. Sin que nadie se lo impidiera, pavoneábase por los Campos Eliseos, gozando en oír exclamar a los transeúntes: *¡El presidente de la República! ¡Vaya sí es! ¡Por el modo de saludar se le reconoce en seguida!*

No todos los sosías hallaron igual satisfacción en parecerse a alguien por célebre que fuera; así, el de Francisco José, emperador de Austria, que era un pastor protestante inglés y un discreto ciudadano de París, el cual, cuando se veía seguido por un grupo de jóvenes volviase presuroso para desengañarlos: *Ese no soy yo, pero gracias por él.* A Foster Hundleston, miembro de minas en California, llegó a horrorizarle su parecido con el anterior Roosevelt, que presidió la república norteamericana, porque estuvo a punto de ser ahogado una vez por el entusiasmo popular y otra por la decepción de la muchedumbre al advertirse equivocada.

En Moscú un ciudadano paseábase con su esposa. De súbito una dama le echa los brazos al cuello, exclamando: "¡Oh, gran Máximo Gorki, déjame besar al autor del emocionante drama *Refugio de noche*. Y, sin aguardar respuesta ni permiso le imprime dos ruidosos besos en la cara. La esposa, que no conocía el drama ni al autor, se lió a sombrillazos con la admiradora, equivocada ante un sosías.

He aquí una anécdota histórica que ha sido madre de un chiste, copiado en chascarrillos y diálogos teatrales. Cuando le presentaron al emperador Augusto un joven griego que se le parecía como una gota de agua a otra, se le ocurrió preguntarle, bromeando, si su madre había estado alguna vez en Roma. "No, Señor—contestó picado el griego—; pero mi padre, sí, muchas."

Los sosías más perfectos han sido siempre

gemelos. Famosos fueron en el siglo XVI los hermanos Nicolás y Claudio de Roussi, señores, respectivamente, de Seissome y de Origny, cuya historia nos legó Pasquier. Era tan iguales en todo que Carlos IX gustaba ponérselos delante para buscarles un detalle diferencial. Nunca, ni él ni nadie, se lo hallaron. Lo más curioso de su vida fué la treta de que se valián para ganar siempre a la pelota juegos en que por lo demás eran maestros. Cuando el uno estaba desacertado, salíase de la cancha con cualquier pretexto y era substituído por el otro sin que nadie advirtiera la superchería. Por su increíble identidad en todo, pudieron hacerle una pesada broma a un barbero. Acabado de pelar y a medio de rasurar, el uno fingió una indisposición que le obligaba a salir de la estancia. En su lugar presentóse al poco rato su hermano con toda la pelambreira y la barba totalmente intensas y cerradas. Imagínese el horror del figaro, al creer hallarse ante una obra de brujería, y huyó como del mismo demonio.»

APAISEMENT

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear;
Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.
Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna va.
Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros nos miramos
en el sereno atardecer.
Son del color del agua tus pupilas,
del color del agua del mar.
Desnuda en ella se sumerge mi alma
con sed de amor y eternidad.

Manuel Magallanes Moure.

ANECDOTAS DE GRANDES ESCRITORES

I. Uno de sus admiradores quiso ver al conde León Tolstoy en su retiro de Jasná-Poliana, y como preguntara al cochero si encontraría al gran escritor en su gabinete de

Conserve todos los números de ARIEL, pues con los doce de cada 6 meses puede Ud. ir empastando volúmenes importantes de textos que no perderán nunca su interés.

trabajo o empuñando la mancera del arado, el amigo inquirió:

- ¿Sabe que usted viene a verlo?
- Sí, le he prevenido por telégrafo.
- Entonces, desde luego, le encontrará usted agarrado al arado.

II. Marcel Proust, el gran novelista, gustaba de gratificar espléndidamente a cuantos le servían.

Una noche, al pagar la cuenta de una comida y distribuir en gratificaciones cuanto dinero llevaba, advirtió que había olvidado en el reparto al portero. Proust se dirigió a él con su amabilidad acostumbrada:

—¿Podría usted prestarme cincuenta francos?

—¿Como no, señor Proust? Con mucho gusto—contestó el criado, disponiéndose a entregar al escritor el billete pedido. Pero Proust, sin recibirlo, replicó:

—Guárdelo, amigo mío. Lo pedía sólo para dárselo a usted.

Alfredo Antigüedad.

MENDIGOS DE JUTICALPA

Veo ambular—en las lontananzas del recuerdo de mis primeros años—por las angostas calles, los mendigos de Juticalpa: *Recurso*, *Juan Sofoquina*, *ñor Santiago* y *Quilimaco*.

I. *Recurso* era un cojo de tez oscura, ancho de espaldas, sobre las que llevaba siempre un gran saco, en el que recogía las limosnas más heterogéneas: latas y cajuelas inútiles, plátanos, mazorcas de maíz, botes de todos tamaños, herapos, pedazos de queso, tortillas, cebollas, zapatos rotos, yucas...

Traspasaba los umbrales de todas las puertas:

—Ave María Purísima...

I, al anoecer, en algún solar solitario u otro sitio propicio de las calles desiertas, proceía cautelosamente a un concienzudo inventario, separando los alimentos con meticuloso cuidado. Ya todo en orden poníase en marcha, cojeando, hacia su misero albergue.

II. *Juan Sofoquina* sólo se presentaba en la ciudad en los días de fiestas públicas. Nunca faltó al paseo de la bandera el 15 de septiembre, ni a los discursos patrióticos en los atos del cabildo. Alegre mozacón de inofensiva demencia, su instinto nómada le hacía errar sin descanso por montes y aldeas, entonando con voz aguda su tonada favorita, imitación del canto de los gavilanes:

—Guá... có, guá... có, guá... có.

De pronto, frunciendo la cara, se rascaba

con furia el corpachón, sobre todo la cabeza. Sacudíase después como arrojando de sí mortíferos insectos o humores inoportunos; y, ya tranquilo, empuñaba la dulzaina, riéndose a carcajadas.

Al observar estos súbitos accesos, que le atrajeron el remoquete de *Sofuquina*, alguien exclamó:

—Son las terribles picazones de las garrapatas que día y noche le chupan la sangre

—No—replicó otro. Son las ideas extraviadas que bailan una zarabanda en su pobre cerebro.

En una mañana de octubre en camino para San Francisco de B Herrera detúvose en la orilla del Guayape, crecido extraordinariamente con los últimos aguaceros. Vaciló ante el sordo ruido de las aguas. Pero quizá un llamamiento imperioso en las tinieblas de su espíritu se impuso a su temor y le arrojó en la traidora corriente.

Varios campistas, que sacaban del río una vaca muerta, oyeron por última vez su canción en la distancia:

—Guá... có, guá... có, guá... có.

Días después fué encontrado su cadáver que, con un zopilote encima, se deslizaba lentamente hacia el Atlántico.

III. *Ñor Santiago* fue el menos pintoresco de aquellos cuatro infelices. Viejo magro e iracundo, de agresivo gesto y barbilla cabruna caminaba a pequeños saltos, apoyada la diestra en un bordón de caulote. No aceptaba, como *Recurso*, dád vas de desperdicios, sino cobres contantes y sonantes.

—Centavos, centavos, señores,—decía. O algún cuartillo o mediecito, si para ello hay voluntad.

En la plaza, en cierta ocasión, los muchachos de la escuela, con su estúpida crueldad, le tenían acorralado. Echando espuma de la cólera pudo, con gran esfuerzo, librarse de sus agresiones y, al doblar una esquina, se encontró con mi hermano menor, Alfonso, que solo contaba siete años, y le descargó en la cabeza tan brutal garrotezo que rodó ensangrentado sobre las piedras. Mucho tiempo padeció de aquella lesión, que probablemente fué causa de las dolencias que le sobrevinieron en el tímpano derecho y que para siempre le amargaron la vida.

IV. *Quilimaco* fué una etcétera humana. Ignoro si así nació o era una víctima del más complicado y caprichoso artritismo. Encogido en la forma de una s, pernoctaba en las esquinas, implorando la caridad de los transeúntes. Pero éstos, que sabían

que habitaba en un cuartucho de la casa de los Martínez, sin que le faltara el alimento necesario, volvíanse sordos ante sus ruegos y clamores.

Yo me sentaba junto a él, lleno de lástima por su fealdad de viejo chimpancé, intrigado por sus manos cubiertas de un vello amarillento, por sus ojillos sin cejas moviéndose con rapidez en su menuda cara cetrina. Comprendía yo que era un fenómeno, y esta simple palabra despertaba en mi interior una piedad mezclada de disgusto. Vencido éste le di algunas veces paquetes de pasas y de azúcar blanca en cuadritos que devoraba con avidez.

—¿Te gusta, Quilimaco?

—Sí, sí. Trae más. Sí, sí me gusta—murmuraba sacando la lengua y mirándome interrogativo, con esa expresión de insaciable gula que después he visto tantas veces en las caras de los grandes simios de los jardines zoológicos.

Froylán Turcios.

Abril de 1938.

LA HIJA DEL TABERNERO

La hija del tabernero
está sentada a la puerta.
Es un sensual avispero
su aire de mosquita muerta.
Porque ella sabe... ¡canalla!,
y sabe que cuando paso
voy librando una batalla
con esas piernas de raso.
Yo sé que una noche nabrá
en la taberna alboroto,
y un hombre maldecirá
lívido y el pecho roto.
I sé que, al día siguiente,
ella seguirá en la puerta
con su carita inocente
y su aire de mosca muerta.

Angel Lázaro.

Más de ochocientos ejemplares de **Ariel** enviamos, cada quince días, a los mejores periódicos y revistas del mundo, a los grandes poetas y escritores y a las Universidades y Bibliotecas Nacionales de los países de Europa, América, Asia, Africa y Oceanía.

NOMBRES MITOLOGICOS

Pigmalión.—En la Mitología griega rey de Chipre. Modeló en marfil una estatua de una joven muy hermosa, de la que se enamoró, y pidió a la diosa Afrodita que la infundiese vida. Fué atendido, y casó con la bella joven, de la cual tuvo un hijo, llamado Pafos. (Dió esto argumento a un drama de Bernard Shaw).

Plutón.—Nombre latino del dios de los infiernos, llamado Averno por los griegos.

Poseidón.—Hijo de Cronos y de Rhea y dios del mar.

Psiquis.—En la Mitología clásica, muchacha dotada de gran hermosura, que excitó la envidia de Afrodita, la cual la envió a Cupido con el encargo de que la hiciera enamorarse de los hombres más ruines; pero Cupido se prendió de Psiquis, abandonándola, sin embargo, a causa de las intrigas de sus celosas hermanas. Psiquis fué entonces en busca de Cupido y tras largas andanzas se unió de nuevo con él.

CONOCIMIENTOS INTERESANTES

—*Adolfo Pégoud.* Aviador francés (1889-1915). Fué el primero en volar cabeza abajo, en *rizer el rizo*, como se dice en el argot deportivo, muriendo en la guerra europea, después de derribar numerosos aparatos enemigos. Durante su entierro los aviadores alemanes dejaron caer a su paso una corona con una sentida dedicatoria.

—*Bonaparte* fué también poeta como César y Federico: daba la preferencia a Ariosto sobre Tasso, porque veía en él los retratos de sus futuros capitanes y un caballo enjaezado para su viaje a los astros.—*Chateaubriand.*

—*Cristián Pedersen.* Escritor y teólogo dinamarqués (1480-1554). Llamado el *Padre de la literatura dinamarquesa.*

—*Siglos medios.* Tiempo que transcurre desde la caída del Imperio romano hasta la toma de Constantinopla por los turcos.

—*Federico Nietzsche* vivía de la pensión que le daba la Universidad de Basilea, 3000 francos anuales (o sea, más o menos, trescientos colones costarricenses mensuales).

—Las ediciones de los libros de Nietzsche, que él pagaba, eran de mil ejemplares.

—Un ángel hermoso con facciones de mu-

jer triste. (Frase de Jorge Sand sobre Choderlos.)

—La obra maestra de la crítica es probablemente un libro que no data de hoy, que ha sido escrito en griego hace ya dos docenas de siglos: el *Fedro* de Platón. ¡il bien! El *Fedro* ha nacido de esa flor de la conversación que fue el diálogo socrático. — *Albert Thibaudet.*

—En Budapest se halla el más grande asilo de locos de Europa. Más de dos mil entre hombres y mujeres.

—El 25 de noviembre de 1885, y en plena juventud, a los veintiocho años, murió Alfonso XII, en el palacio de El Pardo de Madrid. Su primera esposa, la simpática reina María de las Mercedes, que vivió sólo unos pocos meses después de su matrimonio, murió a los 18 años, muy amada por sus virtudes.

—Los espartanos no permitían a los hombres casarse antes de los treinta años. — *Carlyle.*

—El papa Pío VI excomulgó al obispo Tollebrand.

—El *Père Duchesne*, de Hebert, el más brutal de los periódicos publicados en el mundo. — *Carlyle.*

—Asegúrase que Francisco Bacon era hijo de Isabel de Inglaterra. — *Abel Hermant.*

—Napoleón decía de Madame de Staël: — *Ese cervo que se alimenta de intrigas y de locuras.*

—*Apolonia Chalupe* es el verdadero nombre de Pola Negri.

—Lady Colin Campbele, que detestaba a Oscar Wilde, le apodó *elefante blanco*.

A. FROYLAN TURCIOS

“Los creadores de ensueños deberíamos dejar por donde pasamos un testimonio imperecedero de nuestra estirpe espiritual, una marca de luz, una huella sobrehumana.” (1).

Froylán Turcios.

¡Tú, creador de ensueños, doquiera vas dejando tu huella sobrehumana, perfumada con lirios hondureños!

Aunque apenas soy sombra tramontana, que disipa la plata de la luna, en el cenit cerniéndose coqueta, yo quisiera dejar siquiera una: en secreto revélcame, Poeta!

Eladio Prado.

Luzán, 1 de abril de 1938.

(1) Sobre el autor del madrigal.

LA SUPREMA DESVENTURA

El leproso.—¿Qué imprudencia! ¡ibais a cogermme la mano!

El militar.—Con el mayor gusto ia hubiese estrechado.

El leproso.—Por primera vez en mi vida hubiese experimentado semejante felicidad. Mi mano no la ha estrechado nunca nadie.

El militar.—¿Cómo? Salvo la hermana de que antes me hablábais ¿no habéis tenido relación con nadie? ¿No habéis sido amado por ninguno de vuestros semejantes?

El leproso.—Felizmente para la Humanidad no tengo semejante alguno en la tierra.

El militar.— Me hacéis temblar.

El leproso.— Perdonadme, compasivo extranjero...; pero ya sabéis que los desgraciados gustan de hablar de sus propios infortunios.

El militar.—Hablad, hablad... Decíais que antes vivía con vos una hermana que os ayudaba a soportar vuestros dolores.

El leproso.—No vivíamos, sin embargo, en aquella deliciosa intimidad con la que siempre soñé y por la que se funden los seres infortunados. La índole de nuestros propios males nos privaba de tal consuelo. Hasta cuando nos uníamos para rogar al Altísimo, instintivamente evitábamos el mirarnos, por temor a que el espectáculo de nuestra dolencia turbara nuestras meditaciones. Nuestras miradas no se atrevían a unirse más que cuando se dirigían al cielo. Luego de nuestros rezos mi hermana reclusase de nuevo en su celda, o gustaba cobijarse bajo los nogales que limitan el jardín..., y así vivíamos siempre separados...

El militar.—Pero ¿por qué imponerse tan duro castigo?

El leproso.—Cuando mi hermana fué atacada por la enfermedad de que ha sido víctima toda mi familia, y vino a compartir conmigo este retiro, jamás nos habíamos visto. Al encontrarnos por vez primera su im-

La LIBRERIA ARIEL remitirá inmediatamente los libros que se le soliciten de las provincias o repúblicas vecinas, previo el envío de su valor y el del porte postal.

presión fué terrible. El temor de afligirla y el miedo a aumentar su dolencia conviviendo con ella hicieronme adoptar tal género de vida. La lepra habíase localizado en el pecho y tenía yo la esperanza de verla curada. ¿Veis aquellos trozos de enrejado abandonados ya? Son restos de una división hecha en el jardín con unos cuantos setos, que yo cuidaba y sostenía con el mayor esmero. De uno y otro lado de aquel vallado pequeñito yo había trazado un sendero, y a su largo nos paseábamos y hablábamos, sin vernos y sin acercarnos el uno al otro.

El militar.—Diríase que el cielo se compliacia en amargarnos los tristes goces que os concedía.

El leproso.—Pero no estaba solo. La presencia de mi hermana hacía soportable mi aislamiento. En aquella soledad llegaba a mí el ruido de sus pasos. Cuando al despuntar el día venía yo bajo estos árboles a rezar al Altísimo, la puerta de la torre se abría silenciosa, y su voz se unía a la mía. Por la tarde, cuando rezaba en el jardín, alguna vez se paseaba también, gozando de los últimos rayos del sol, y aquí mismo, en este sitio donde ahora nos encontramos, su sombra cubría mis flores al pasar una y otra vez. Aun cuando no la veía, de continuo encontraba el rastro de su presencia. Ya no hallo en mi camino una flor deshojada ni las ramas de los arbolillos que en sus paseos dejaba caer. Estoy solo. A mi alrededor no hay ni movimiento ni vida, y el sendero que conducía a su lugar favorito se ha perdido bajo la hierba. Sin ocuparse, al parecer, de mí, no hacía nada que no fuese para halagarme. Cuando volvía a mi habitación sorprendíame el hallar los vasos llenos de flores frescas y algunas frutas que su mano había cultivado para mí. Yo no me atrevía a hacerle iguales demostraciones de cariño, y habíale suplicado además que no entrase en mi cuarto; pero ¿cómo poner trabas a una ternura de hermana? Un solo detalle os demostrará el profundo cariño que yo le inspiraba. Una noche paseábame a grandes pa-

sos por mi celda, presa de los más horribles dolores. A hora muy avanzada y al sentarme, rendido, un momento para descansar, oí un leve ruido junto a la puerta. Escuché y juzgad de mi asombro. Mi hermana arrodillada rogaba a Dios por mí. Sin duda había oído mis quejidos. Su intensa piedad hizo creer que me molestaría, pero pronta estaba a socorrerme y a aliviarme. La oí recitar en voz baja el *Miserere*. Me arrodillé también junto a la puerta, y mentalmente, por temor a interrumpir su plegaria, la seguí en sus rezos. Mis ojos estaban llenos de lágrimas. ¿Quién no se hubiese conmovido ante tal muestra de afecto? Cuando supuse que había terminado: "Adiós, hermana mía—le dije en voz baja—; adiós, retirate, estoy mejor. Que Dios te bendiga y premie tu piedad." Quedamente se marchó, y sin duda la súplica llegó al cielo porque durante algunas horas dormí plácidamente.

El militar.—¿Qué tristes debieron de pareceros los días después de la muerte de una hermana tan querida!

El leproso.—Durante mucho tiempo caí en un aletargamiento que me impidió sentir y apreciar la inmensidad de mi desgracia. Cuando me volvió la razón, creí morir loco de pena...

Javier de Maistre.

NOVIA

—Tu verdadero amor no es la mujer a quien primero creíste amar. Es la última con quien te casarás.

—Nunca aspire a ser el primer amor de una mujer. Serás más afortunado siendo su última ilusión.

—Nada tan grato como sabernos el único hombre interesante para la mujer amada.

—Besa la boca de tu novia y estarás en la tierra. Bésala en los ojos y te sentirás en el cielo.

—Procede con tu novia como te gustaria que procediera con tu hermana su prometido.

—Tu novia debe ser para ti una mujer distinta de las otras. Es la más intensa página en la historia de tu vida. Escríbela de manera que la lea cualquiera sin ruborizarse.

Carlos Alberto Pineda.
(Hondureño).

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

BAJO UN PINAR DE HONDURAS

¡Oh, tú, la más hermosa campesina
de este pinar melódico de Honduras,
dame un baical de tu agua cristalina
para quitarme urbanas amarguras!

Vengo de la ciudad, y me domina
fatiga tan que tú no te figuras,
en consancio que la ciudad mezquina
da con sus artificios e imposturas.

Dame tu leche y de miel, aldeana,
y dame de tu amor de gente sana.
Quiero vivir, entre tus cosas puras,

una vida sencilla y laboriosa,
y quiero que después... se haga mi fosa
bajo un pinar melódico de Honduras.

Eduardo Berlioz.
(Hondureño).

UN PIROPO
DE OLAYA HERRERA

El día en que el doctor Olaya se venía pa-
ra Bogotá, a la salida de la casa donde se hos-
pedaba había dos filas de bellas damas que
regaban flores a su paso.

Entre esas damas se hallaba la hermosa
señorita Raquel Isaacs, hoy la gentil matrona
doña Raquel de Vélez, sobrina del autor de
María y una María ella misma.

Raquel Isaacs, por su tipo oriental, por su
donosura, por sus ojos fulgurantes que apri-
sionaron todas las brillanzas del cielo del
Tolima, es digna descendiente de las lindas
Rebecas que en la poza del camino llenaban
las ánforas y apagaban la sed de Eliézer,
rendido, mientras los camellos alargaban
hacia la cisterna los belfos aridecidos.

Raquel salió de una de las filas de damas
por entre las cuales pasaba el doctor Olaya,
como por entre dos filas de rosales, y, entre-
gándole al ilustre candidato un ramo de flores,
le dijo:

—Doctor Olaya, si usted no triunfa, hace-
mos la guerra.

Miró el doctor Olaya a la gentilísima mo-
rena, contempló aquella fisonomía oriental,
en donde se destacaban los ojos y, sonrien-
do, le contestó:

—Sí, señorita, haremos una guerra; pero
guerra amorosa, para la cual contamos con
esos ojos, que gritan: ¡Apunten... fuego!

LA HIGUERA

Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera
En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera
I la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se viste.

Por eso
cada vez que yo paso a su lado,
digo procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
“Es la higuera el mas bello
de los árboles todos del huerto.”

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!
I tal vez, a la noche,
cuando el viento abenique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
—¡Hoy a mí me dijeron hermosa!

Juana de Ibarbourou.

Sección para los niños costarricenses

UNA GENEROSA
ESTRATAGEMA

I. En una glacial mañana de enero de 1931
centenares de transeúntes que pasaron por la
esquina del Uni Prix de Paris (XVI^e) vieron
en ella a un mendigo decrepito, de alta esta-
tura y barba blanca, que tiritaba bajo sus ha-
rapos; pero ninguno se acercó a él para darle
una limosna.

Retirábase ya de aquel sitio con lento paso,
en el instante en que empezaba a nevar, cuan-
do un hombre, que venía por el lado contrario,
se le acercó; y quitándose su gabán, lo puso,
en sus manos.

—Mil gracias—dijo el mendigo. Ruégole
decirme su nombre para grabarlo en mi me-
moria.

Rápidamente le entregó una tarjeta, des-
apareciendo entre la multitud.

II. Transcurridos quince días, Pierre Du-
pont, humilde empleado de una tienda de aba-

rrotes de la rue du Commerce, caminaba más que de prisa, con las manos ateridas y el cuello de su saco levantado, en dirección a su trabajo. No le había sido posible comprar un sobretodo, después que obsequiara con el suyo al infeliz pordiosero e iba temblando siempre por la calle en aquel rudo invierno. Su mujer había encargado una medicina costosa para su pequeña hija enferma y le inquietaba tener que pedir un adelanto de su mísero sueldo. Ni los céntimos para el metro en segunda tuvo aquella mañana.

Frente a la Escuela Militar le detuvo de pronto un caballero, quien se desprendió de su magnífico abrigo, ayudándole a ponérselo con ademanes y palabras afectuosos.

—En el bolsillo interior—murmuró—hay algo para Ud.

¡Antes de que Pierre atónito por la sorpresa, pudiera expresarle su gratitud ya el lujoso automóvil en que penetró corría velozmente por la amplia avenida.

Llevó Dupont la diestra al indicado bolsillo, sujeto por un grueso alfiler de oro. ¡En él encontró una finísima cartera con su monograma y un papel con estas líneas:

“Amigo Pierre:

Ud. sabrá que los ingleses tienen fama de excéntricos; y, entre ellos, no soy una excepción. Yo, Jorge Stevenson, millonario con un palacio en Londres, me disfracé hace dos semanas de mendigo, y con un frío atroz salí a la calle en busca de una persona compasiva que me ofreciera una dádiva, para gozar del íntimo placer de premiarla espléndidamente. Todos, hombres y mujeres, pasaban junto a mí, observándome con despectiva lástima, con indiferencia y hasta con repugnancia. Iba a retirarme desilusionado cuando Ud. vino en mi auxilio con súbito impulso y noble expresión que jamás olvidaré. Obtuve todos los datos que de Ud. necesitaba y hoy le conozco más que si nos uniera estrecha amistad. Es Ud. un hombre de alto espíritu, digno de ser feliz. En el fondo de esa cartera encontrará cinco mil libras, con las que Ud. puede establecer un negocio que le libre para siempre de toda inquietud económica.”

Froylán Turcios.

Abril de 1938.

VOCES CORDIALES

—He devorado los primeros números de *Ariel* con fruición, y, antes de proseguir su lectura, siento la imperiosa necesidad de dirigirme a su Director para felicitarle: voz de

aliento que Ud. no necesita, pero que yo sí necesito exteriorizar en este gran desierto.—*Étadio Predo.* (Carta de Limón, del 27 de marzo de 1938).

—... En ese artículo dije que Froylán Turcios es gloria y prez de las letras centroamericanas y que su revista *Ariel* es primoroso glosario de bellezas.—*Manuel Antonio López h.* (Carta de San Pedro Sula, marzo de 1938).

—Creo que los viajes por Italia y las bibliotecas del Oriente no han podido borrar la silueta del atorrante que un día—trotamundos sin brújula—se plantó frente a su tienda de trabajo en la ciudad de Tegucigalpa y compartió con Ud. uno de los instantes más felices de su vida.—Esta amistad lejana, pero fresca, me induce a escribirle esta carta, hecha por invitación de mis amigos, para lograr su vasta obra literaria, la más rica y variada en matices de la opulenta Centro América.—Esperando que nos dará el gusto de adornar con ella uno de los tramos de nuestra Biblioteca (Biblioteca Municipal, Chinchiná, Caldas) no he vacilado en escribirle, además para recordarle que en estas tierras, donde se le aprecia en lo que vale, un amigo diariamente suspira por los arrulladores pinares de su embrujada Honduras.—*Antonio J. Arango.* (Carta de Colombia del 12 de febrero de 1938).

CUATRO GRACEJADAS.

- I. Mi suegro grita furioso,
mi suegra me quiere ahogar,
mi mujer me llama odioso...
¡No hay nada tan delicioso
como la paz del hogar!
- II. En guerra y en amor es lo primero
el dinero, el dinero y el dinero.

¿Me quieres?—le pregunta. ¡Ya la esposa
dice sí, más pensando en otra cosa.
Campoamor.
- III. Mi marido está en la cama;
yo estoy a su cabecera,
con el rosario en la mano
pidiendo a Dios que se muera.
- IV. Mi marido se murió;
Dios en el cielo le tenga,
y le tenga tan tenido
que por acá nunca vuelva.”

DIPLOMACIA EN ACCION

Cuando regresaba el Presidente de El Salvador doctor Dío Romero Bosque—de presen-
tar la protesta de ley, acompañado del ex-
Presidente doctor Alfonso Quiñónez Molina,
y de numeroso séquito de funcionarios, al lle-
gar al portón de la casa presidencial, invitó
a éste a que entrara el primero al interior del
edificio, y el doctor Quiñónez Molina le man-
dió al nuevo jefe del Estado que lo hicie-
ra el aser. Pero el doctor Romero Bosque,
insistiendo en su invitación, le dijo:

—Pase Ud. Esta casa es suya.
Así se efectuó.

F. Martínez Suárez. (*)

(*) Actual Ministro de El Salvador en Costa Rica.

UNA CARTA DE
MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Guatemala, 14-III-38.

Mi querido y recordado

Froylán Turcios:

Gratísima sorpresa su *Ariel* por su magní-
fico contenido y por traerme noticia de us-
ted, espíritu y devoción siempre al servicio de
la causa americana en sus elevados propó-
sitos divulgadores.

Aquí me tiene en Guatemala desde hace
cuatro años, ocupado en diversos menesteres,
no sin hacer lugar nocturno a la lectura ali-
menticia y al ensueño. La situación del mundo
es de tal naturaleza que creo que hay que
conformarse con lo poco que se pueda hacer
en pro de la cultura propia y de los que nos
rodean. Por eso me ha causado viva satis-
facción verlo a usted siempre en el timón de
su preciosa revista.

Ordéneme en lo que le pueda ser útil, fa-
vorezcame siempre con *Ariel*, mensajero lumi-
noso, y reciba un fraternal saludo de su

Miguel Angel Asturias.

Avenida Central, 106.

Guatemala.

LIBROS NUEVOS

Juan José Arévalo—La Pedagogía
de la Personalidad ₡ 5.70

Masés Vincenzi—El Arte
Moderno ₡ 2.00

LIBRERIA ARIEL

SILUETA DE TURGUENEFF

Era un coloso encantador, un gigante afectuoso de cabellos blancos, con aspecto de genio tutelar de una montaña o de un bosque. Hermoso, extraordinariamente hermoso, enormemente hermoso, con azul del cielo en los ojos, con el encanto de su acento sonoro de ruso, con aquel sonsonete que tiene un leve dejo de niño y de negro.

Edmundo Goncourt.

HERACLITO Y PLATON

Sócrates era hijo de un escultor y comenzó trabajando en escultura. En el fondo fué siempre un artista plástico. Su material fué el hombre vivo. En la serie de estatuas eternas creadas por él y que se inicia con su propia imagen—pues, como queda dicho él fué su primer discípulo—, destaca como la más magnífica la figura de Platón. A ella nos acercamos ahora con veneración.

Afirmaban los antiguos que Platón descendía de los viejos señores de Atenas, Codro y Solón, filósofos, gobernantes. Nacido de casta tan distinguida, desde muy temprano mostró ser elegido para la filosofía—en el pleno sentido griego de la palabra—, a la que su vida, maravillosamente unitaria, permaneció fiel hasta su fin tardío, desafiando riesgos y derrotas y resistiendo a las tentaciones de la vida pública, ajena a la filosofía. Así como Sócrates comenzó siendo escultor, Platón empezó escribiendo tragedias y luego puso su fuerza dramática al alto servicio de su señora severa. Sus maestros fueron Kratylos y acaso también el matemático Theodoros de Cirene. De ninguno de los dos conocemos cualidad personal alguna, ni hechos salientes. Es preciso decir, sin embargo, que Kratylos era seguidor de Heráclito. Gracias a esto, es posible que haya sufrido Platón de joven la influencia indirecta de aquel extraordinario filósofo que fué el primero en percibir claramente el lenguaje divino del devenir y del mudar, y lo explicó como anunciación de la *Dike* y del *Logos*, de la justicia y de la ley del mundo, eterna e inmanente. En su filosofía, Platón tiene mucho menos afinidad con Heráclito que con la contrafigura de éste, Parménides, a quien profesaba un afecto especial. Pero no parece sino que Platón va haciéndose cada día más eleático, desde sus primeros escritos hasta las *Leyes*, como si fuese extrayendo cada vez más claramente su

mundo de la corriente de lo mudable y perecedero. Cuando más alejado aparece Platón del filósofo efesio no es al principio sino al final de su carrera. La doctrina de Heráclito, según la cual el mundo empírico no es sino devenir y mudanza, y el presente no significa más que un intermedio, construido entre el pasado y el futuro, está contenida en la metafísica platónica; sólo que el reino de las ideas, contrapuesto con serenidad eleática y constante presencia, destaca sobre esa corriente la realidad que de él participa. La realidad se sustrae a la corriente del fluir continuo, en cuanto que tiene parte en la idea. Por esta razón Platón se aleja de Heráclito, en la medida en que consigue determinar el concepto de la inmanencia de las ideas en el mundo empírico, particularmente en las *Leyes*.

En la valoración de torrente universal del mundo empírico, existe entre Heráclito y Platón una oposición semejante a la que existe entre el heraclítico Nietzsche y el platónico Schopenhauer. Para Platón el mundo empírico es irreal y malo, precisamente por su devenir y mudanza; mientras que Heráclito siente lo profundo de la realidad universal justamente en el devenir y mudanza de los mundos. El Eros de Heráclito es participación en el movimiento del mundo, en el círculo eterno de la muerte y del nacimiento, en el camino constante de fuego a fuego; el Eros de Platón va del mundo al reino ideal de un ser absoluto. Así, pues los dos eróticos más grandes de la filosofía griega aparecen frente a frente, como representantes de las dos direcciones fundamentales del Eros macrocósmico, en contradicción común, en contradicción común al Eros microcósmico de Sócrates. Uno se adhiere al Eros panteísta según el cual la persona se precipita en el mundo viviente; el otro, al Eros teísta, según el cual la persona asciende del mundo a la divinidad y al reino del espíritu puro, divinizando lo que es susceptible de divinizarse y destruyendo lo que a la divinización se opone.

Pablo Luis Landsberg.

MEDITACIONES

—Leed, no para contradecir y refutar, tampoco para creer y aceptar sin discernimiento, ni para hallar motivo de palabras y discurso, sino para ponderar y considerar.—*Francisco Bacon.*

—Examinadlo todo. Retened lo que fuese bueno.—*San Pablo.*

—Viviendo Hipócrates hubo gran escasez de muertos en el infierno—dice un epigrama. Gracias a nuestros modernos Hipócrates, los hay con demasiada abundancia.

—La lógica es la geometría de la inteligencia. Hay necesidad de lógica en el pensamiento. Pero no se hace éste con la lógica, como no se pinta un paisaje con la geometría.—*Victor Hugo.*

—Para hacer una cosa bien es necesario haberla hecho muchas veces mal.—*Madame de la Tour.*

—Freno non remocante dies. (Ningún freno detiene los días).

—M... decía de un tonto que no tenía asidero:—*Es un cántaro sin asa.*

—No envejecamos en ningún sitio definitivo para no ver morir junto a nosotros nuestra fama.—*Chateaubriand.*

MI LECTURA FAVORITA

Plutarco se convirtió en mi lectura favorita. El placer que experimentaba al releerlo me curaba un tanto de las malas novelas. Me consideraba griego o romano; trocábame en el personaje cuya vida leía. El relato de los rasgos de constancia e intrepidez que me habían conmovido hacíanme llamear los ojos y levantar la voz. Cierta día que en la mesa refería las hazañas de Escévola, la gente se asustó al verme avanzar y posar mi mano sobre un brasero para representar su acción.

Juan Jacobo Rousseau.

ROUSSEAU Y DIDEROT

Diderot refería que algunas veces había visitado a Rousseau en Montmorency y con él realizado algún paseo a lo largo de un estanque.

—He aquí—exclamó una vez Rousseau—he aquí un lugar donde más de veinte veces he intentado poner fin a mi vida.

—Y, ¿por qué no lo habéis hecho?—interrogó Diderot.

Juan Jacobo sorprendido de la indiferencia con que su amigo hacía la pregunta, declaró:

—Pues, porque he puesto la mano en el agua y la he encontrado muy fría.

Poesía inédita

LA MUSA FIEL

Con los postreros fulgores del día
de mis jardines huyó presurosa
pálida musa que antaño solía
darme su tenue caricia amorosa.

¿Dónde refulge su veste escarlata?
¿Cuándo encontró su celeste camino?
Voy tras su huella en la noche de plata,
lanzo a los vientos su nombre divino.

¿Qué gruta en su seno sonoro la esconde?
¿Qué ideal rosaleda su carne perfuma?
A mis palabras, gimiendo en la bruma,
la brisa ligera tan sólo responde.

Dada tremenda mi espíritu embarga:
huye hacia el oasis de ensueño florido;
la nieve en los años es triste y amarga.
Hándete, poeta, en el país del olvido.

Nube de plomo la luna cubría,
vago silencio reinó en la arboleda.
—¡Musa adorada—gemí—, Musa mía!
¡rozó mi frente su mano de seda.

—Siempre soy tuya—murmuró. Te adoro
como en los edenes de tu abril risueño...—
¡la blanca luna con su luz de oro
fue el hada—madrina de mi último sueño.

Froylán Turcios.

EVOCACIONES DE BOLIVAR

I

Generales envidiosos

...Otro oficial, Santander, imita a Castillo
y rehúsa partir para emprender una operación.

—¡Partid, pues,—le grita Bolívar—partid!
Si no, no queda más alternativa: o me fusiláis
o os fusilo!

Este apóstrofe pone a las claras lo débil
que era la autoridad de Bolívar, puesto que

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos que extractamos para ARIEL, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

no podía citar a un oficial para que comparciese ante un consejo de guerra.

A Santander le parece que puede, en estos momentos, desdenar las órdenes de Bolívar: quiere ser el único salvador de la República: de lo contrario poco le importa que se pierda. Con el tiempo llegará a ser general, después vicepresidente de la República colombiana, y entonces se convertirá en un adulador, trabajará solapadamente contra Bolívar: eso sí, haciendo siempre protestas de amistad. Más tarde le veremos tomar parte en una conjura en la que se maquinaba la muerte del Libertador. Este general político, que jamás ha ganado, o, mejor, que jamás ha dado una batalla, será uno de los principales responsables de la anarquía colombiana. Destruída la gran Colombia, se hará nombrar presidente de la pequeña: es una de las glorias de la democracia americana y del liberalismo: se le ha llamado el *hombre de las Leyes!*

Bolívar, en cambio, no ve más que la patria, ni piensa más que en la patria, ni vive sino es para la patria. Sólo por este amor será capaz él, el gran orgulloso, de humillarse ante el rebelde Castillo que le odia.

II

Una carta infame

La noticia de la muerte del Libertador llegó a Maracaibo el 21 de enero. El gobernador de la provincia, que tenía muchos puntos de contacto con todos aquellos funcionarios de que el partido de Santander había inundado las administraciones, se apresuró a dar parte de la noticia al ministro del Interior por medio de una carta que bien merece los honores de que la conozca la posteridad más remota:

“...No hay la menor duda; todos los informes y todas las noticias están acordes; me apresuro a participar al Gobierno la nueva de este gran acontecimiento que, seguro, ha de producir innumerables bienes a la causa de la libertad y felicidad del país: Bolívar, el genio del mal, la torcida de la discordia, o, por mejor decir, el opresor de su patria, ha dejado de existir y de promover males, que sin cesar llovían sobre sus compatriotas. Su muerte, que en otras circunstancias y en tiempos de gazmoñería, hubiera sido un día de duelo para los colombianos y les hubiera impresionado dolorosamente, hoy es un motivo poderoso de regocijo, porque viene a constituir la paz y tranquilidad de todos. ¡Qué

golpe tan funesto para sus partidarios, y qué lección para todo el mundo! Este hecho manifiesta bien a las claras la protección con que nos favorece el Ser Supremo. Me felicito con vos por tan grata nueva."

Marius André.

Bolívar y la Democracia,
páginas 193 y 284.

al Vaquero y a la Tejedora que iban casi a juntarse ya; pero entre ambos había una nueva estrella, a la cual tomé por una estrella errante. ¡Hombre feliz! ¡Estuviste en el río de los Cielos y has contemplado la faz de la Diosa Tejedora!

Lafcadio Hearn.

UNA FABULA CHINA

Existe una fábula china, deliciosamente vaga, sobre cierto hombre que hizo un viaje inesperado a la Tierra Celestial. Este hombre observaba que todos los años, durante el octavo mes, llegaba flotando hasta la costa donde vivía una balsa con maderas preciosas. I quiso saber de dónde procedían aquellas maderas. A este fin cargó su bote con provisiones para un viaje de dos años y se dió a la vela en la misma dirección que traía la balsa.

Meses y más meses navegó con mar placida y serena. Al cabo llegó a una playa en la que crecían árboles fantásticos. Amarró su bote y se internó en aquel país desconocido. Andando, andando tropezó con la orilla de un río cuyas aguas brillaban como plata. En la ribera opuesta vió un pabellón, y dentro de él a una mujer de gran belleza sentada y tejiendo. Era tan blanca como la luz de la luna y su blancura irradiaba fulgores plateados. En aquel momento divisó a un bello joven campesino que se aproximaba conduciendo un buey y le preguntó el nombre del lugar en que se encontraba. El mozo disgustóse por la interrogación y contestó en tono desabrido:

—Si quieres saber el nombre de este país, vuélvete al lugar de donde vienes y pregúntaselo a Gen-Kum-Dei.

El viajero, aterrorizado, se dirigió con rapidez a su bote y regresó a la China. Al llegar buscó al sabio Gen-Kum-Dei y le refirió su aventura. El filósofo cruzó sus manos en ademán de asombro y exclamó:

—¡Con que eras tú! El día siete del mes séptimo estaba yo observando los cielos y vi

GOETHE Y BEETHOVEN

Los dos titanes que vivían en la misma época, tardaron mucho en conocerse, porque morando en distintas localidades, no se encontraban. Por fin, la suerte les permitió reencontrarse en Karlsbad y trabar relaciones, anheladas desde hacía tiempo. Los dos paseaban por las afueras de la ciudad, para hablar a sus anchas, pero, por todos lados encontraban conocidos. Y mientras que Goethe contestaba a los saludos con amabilidad cortesana, a la que ya estaba acostumbrado, el genio de Bonn, huraño y fastidiado por los continuos estorbos, apenas si respondía con ligeras inclinaciones de cabeza. En esto les vino al encuentro una suntuosa cabalgata compuesta de príncipes y cortesanos, que estaban de veraneo en Karlsbad. Al aproximarse el cortejo, Goethe se hizo de lado y sombrero en mano, comenzó a saludar, con cierta humildad, a los personajes reales, mientras el orgullo de Beethoven, movió a éste a proseguir su marcha, dejando a su compañero a la vera del camino, en una situación un tanto molesta, no obstante las amabilidades de que lo hacían objeto los magnates.

Beethoven no volvió a encontrarse más con el poeta de Weimar, ni éste tampoco buscó más contacto con el creador de la *Heróica*. Interrogado luego el célebre Beethoven sobre la impresión que le había producido Goethe, contestó de este modo: —*Densaba encontrarme con el rey de los poetas, pero vi sólo al poeta de los reves.*

Goethe llegó a saber esta respuesta, y jamás se la perdonó. Ya anciano, recibió un día la visita de Mendelssohn, quien ejecutó algunas páginas de Beethoven, de las que lo hicieron inmortal. Goethe estaba emocionado hasta no poder pronunciar palabra; su exquisita sensibilidad había sido conmovida. Pero no pronunció una palabra sobre el coloso de Bonn: Mendelssohn, no menos sensible que Goethe, entendía el deseo de éste, y ejecutó ante él, muchas páginas de Beethoven, sin lograr jamás que el rencor cediera en su mutismo.

LIBROS DE FROYLAN TURCIOS

editados en París

<i>Cuentos del Amor y de la Muerte</i>	4.00
<i>El Vampiro</i> (novela)	3.00
<i>Páginas de Ayer</i>	3.00
<i>Flores de Almirante</i> (poesías)	3.00

En la LIBRERÍA ARIEL

PALABRAS ESTELARES DE GABRIEL D' ANNUNZIO

— Aquel ideal color compuesto de ámbar pálido y oro opaco y quizás de alguna rosa morchala.

— Sus ojos, sombreados por sus largas pestañas, resplandecían como los lagos entre los sauces en los crepúsculos.

ORIGEN DE LA PRENSA PERIODICA

Teofrasto Renaudot (1584-1653) médico y uno de los espíritus más osados y de mayor inventiva que ha producido la nación francesa, instituyó la *Gaceta de Francia*. No era más que una hoja de cuatro páginas de reducido tamaño, que se publicaba cada ocho días, y que pasó casi inadvertida. Fué el modesto germen de la prensa periódica, es decir, del gran poder que en la actualidad ha reconcentrado todas las soberanías.

Charles Richet.

Pág. 220. *Historia Universal*.

SAINT—JUST

Saint-Just, poeta muy estimado a los diecinueve años—sugestionador triunfiro a los veintidós, hizo una carrera rápida y brillante. Destacó pronto por su fanatismo desmesurado, por sus ideas paradójicas, por la feroz rigidez de su carácter. Su arrogancia no tenía límites; su estilo era la justa expresión de su carácter autoritario, preciso, lacónico y violento. Sirva de ejemplo demostrativo la siguiente frase suya:

“No sabéis apreciarme porque todos sois unos riles. Toda la vida se elevará la palma de mi gloria, colocándoos en la sombra. Infames, me llamáis farsante y malvado sólo porque no he tenido dinero para compraros. Arracádme el corazón y coméroslo para que de este modo lleguéis a sentirnos grandes.”

Misántropo, utópico y vengativo, Saint-Just solicitó y obtuvo la condena, haciendo guillotinar inmediatamente a los generales y a sus estados mayores, por motivos, sino fútiles, por lo menor discutibles.

Cuando fué vencido se encerró en un mutismo absoluto y murió sin pronunciar una palabra.

J. Fernán Pérez.

MARAT

Cuando Marat, este Triboulet político, bajaba de la tribuna, era juguete de sus señores: le golpeaban, le pisaban los pies, le silbaban; pero esto no le impidió hacerse jefe de la multitud, subir al reloj de la casa de la villa a tocar a rebato para la matanza general y triunfar en el tribunal revolucionario. Marat fué profanado por la muerte: Chenier hizo su apoteosis: David lo pintó en el baño sangriento: lo compararon al divino autor del Evangelio, dedicándole esta oración: «¡Corazón de Jesús, corazón de Marat!» o “¡Sagrado corazón de Jesús, sagrado corazón de Marat!” Encerraron su corazón en una pixide preciosa del guardamueble. Se veía en un cenotafio de césped, levantado en la plaza del Carrousel, el busto, el baño, la lámpara y el escritorio de la divinidad. Más tarde cambió el viento: la inmundicia, derramada del vaso de ágata a otro vaso, fué vertida en un albañal.

F. A. de Chateaubriand.

MUJERES

—Las mujeres ocultan en su vanidad personal un fondo de desprecio hacia las mujeres.—*Nietzsche*.

—Nada obliga tan poderosamente a una mujer a tratar bien a un amante como la competencia de una rival.—*Ninón de Lenclos*.

—Antes quisiera habitar con un león o con un dragón que con una mujer malvada.—*Salomón*.

—La mujer es la única obra que Dios ha dejado a medio hacer.—*Dumas hijo*.

—Lo que es para los pies de un viejo subir un monte de arena, es para un hombre sosegado una mujer habladora.—*Salomón*.

—No hay incienso que moleste más a una mujer que el que se quema por otra.

—Las mujeres tienen más alma que talento y menos discernimiento que tacto.

—La tierra y el mar producen gran número de animales feroces; pero una mala mujer es el más feroz de todos.—*Menandro*.

—No debe juzgarse a ninguna mujer por informes de otra, porque casi todas tienen la debilidad de creer que se dan a sí mismas la gloria que quitan a las demás.—*Mme. de Sartoy*.

CORDIALES VOCES HONDUREÑAS

—Como hondureño le agradezco su labor cultural que tiene repercusión en el mundo. Los países se conocen por sus hombres y los hombres por sus frutos. A Nicaragua le dió nombre Dario, a Honduras Molina y Ud.—*M. F. Rodríguez*. (Carta de Macuelizo, Santa Bárbara, del 2 de marzo de 1938).

—Hago votos sinceros por su bienestar, para orgullo de nuestra patria y honra de las letras hispanoamericanas.—*José Ramón Aguilar*. (Carta de Lima Nueva, del 11 de marzo de 1938).

AGENTES DE ARIEL EN HONDURAS

Tegucigalpa, *Ingeniero Fernando Pineda Ugarte*.—San Pedro Sula, *Profesor Carlos Alberto Pineda*.—Amapala, *Señorita Amalia Jesse*.—Puerto Cortés, *don Angel del Castillo*.—Juticalpa, *doña Caya de Calix Canelas*.—La Ceiba, *señorita Antonia Avila*.—Danlí, *doña Lucila Gamero de Medina*.—Santa Rosa de Copán, *don Domingo Robles Mejía*.—Tela, *Dr. Edgardo Beterra*.—Puerto Castilla, *general Rosendo López h.*.—Marcala, *doña Petrona de Melghem*.—Catacamas, *Coronel Félix M. Reyes*.—Progreso, *don Antonio L. Rodríguez*.—Lima Nueva, *Profesor José Ramón Aguilar*.—Olancho, *don Mauricio Ramírez*.—Salamá, *señorita Emma Zelaya*.—Tocoa, *general Ciferino Delgado*.—Trinidad (Santa Bárbara), *Dr. Leonidas Fajardo*.—Cedros, *Dr. Martín M. Agüero*.—Siguatepeque, *don Pedro Cubas Turcios*.—Sabanagrande, *don Mitry Simhan*.—Victoria (Yoro), *don Guillermo Oviedo Cubas*.—Sonaguera, *don Crescencio Guerrero h.*.—San Francisco de la Paz, *doña Melecia v. de Escobar*.—Soledad, *don José María Espinoza*.—Santa Rita de Yoro, *don J. Ramón Salgado R.*.—**AGENTES DESDE LA 3a. SERIE:** Roatán, *Coronel Enrique Peña*.—Yoro, *don Francisco Abufele*.—Chamelecón, *don José Sarmiento*.—San Lorenzo, *don Clemente Mendoza*.—Santa Cruz de Yojoa, *Dr. Juan Fernando López*.—Potrerillos (Cortés), *don Felipe Ferrera*.—Esquías, *don Carlos Zepeda*.—Valle de Angeles, *don Salomón Díaz R.*.—San José de Copán, *don Adán Cuéllar*.—Texiguat, *don Rodrigo S. Escoto*.—Jutiapa, *don Manuel Tejada*.—Talanga, *don Francisco Rivera A.*—

San Nicolás (Santa Bárbara), *don Pedro Amaya*.—San Buenaventura, *don Carlos Barahona*.—Quimistán, *don Manuel Ortega*.—Nueva Pimienta, *don Ruperto Tróchez B.*.—Apacilagua, *don Dionisio Aguilera*.—**AGENTES DESDE LA CUARTA SERIE:**—Choluteca, *general Rubén Núñez Romero*.—Nacaome, *don Julio César Vijil*.—Yuscarán, *doña Celina de Benítez*.—San Marcos de Colón, *don Rosendo Molina*.—Villanueva, *don Ismael Ramírez*.

NOTAS

A NUESTROS BUENOS AGENTES HONDUREÑOS

Con el anterior número 15 se completaron las primeras cinco series de **ARIEL**. Agradeceremos mucho a nuestros agentes de Honduras, que nada nos han remitido hasta la fecha, nos envíen juntos, y sin demora, los fondos de estas primeras cinco series; y, a los que nos han hecho algún envío, completar la remisión de los productos hasta dicho número 15. Tenemos urgencia de esos dineros para el pago de las ediciones de la revista. Volvemos a indicarles que si se les dificulta el envío directo de esos fondos, los remitan al Profesor Carlos Alberto Pineda, residente en San Pedro Sula.

En nuestras próximas ediciones comenzaremos a publicar las listas de los buenos amigos que nos ayudan en nuestra empresa cultural.

Proceder incorrecto.—Hemos comenzado a retirar el canje a las publicaciones que, a pesar de nuestras notas anteriores, continúan reproduciendo los textos de *Ariel* sin decir de dónde los tomaron. Así es fácil, aprovechando el esfuerzo ajeno, darles importancia a revistas o periódicos mediocres. Pero tan incorrecto proceder es merecedor de la más severa censura y sólo pueden persistir en él quienes se hallan desprovistos de los atributos de la más elemental caballerescidad.